

este último á muerte; los cincuenta mil escudos de oro prometidos (1) á cualquier francés ó extranjero que lo presentara; y sobre todo, como dice Montluc, *la caminata que hizo hacer al rey, desde Meaux á Paris mas que á paso* (2); si se recuerda todo esto, será fácil persuadirse que el almirante se habia hecho tan odioso al hijo como á la madre, y como á su Consejo privado. Y en vista de esto, ¿quién podrá dudar que la jornada de San Bartolomé fuese una verdadera proscricion, cuyos diversos motivos, reuniéndose y agrupándose como las nubes, se amontonaron sobre la cabeza de Coligny y de su partido, produciendo por último la tempestad de donde salió el rayo que los destruyó? Si yo insistiese sobre el particular, acaso pasaria por apolo-gista de tan horrible resolucion, cuando en realidad no soy mas que un exacto historiador; páreceme prudente por lo tanto detenerme aquí. Sin embargo, séame permitido el hacer notar como crítico la enorme propension del historiador de Thou á los calvinistas, y sobre todo á Coligny: nunca estará de mas que se llame la atencion acerca de ese espíritu de parcialidad en un autor que la nacion francesa se ha acostumbra-do á mirar como la fidelidad personificada. De todas las preocupaciones en materias de historia, la mas peligrosa es la de una mal entendida veneracion á los escritores, y en verdad que el referido historiador no es siempre digno de ella. Júzguese por su afectacion en contar y dar gran valor á dos cláusulas del diario del almirante. Una de ellas se reduce á aconsejar al rey *sobre que al dar á sus hermanos el infantazgo, no les revista de demasiada autoridad*: la otra consiste en una Memoria que no debia ser comunicada mas que al monarca, representando *que si no aceptaba las condiciones propuestas por los flamencos insurreccionados contra la España, no dejarian ellos de entregarse á los ingleses, que así que pusieran el pie en los Países-Bajos serian enemigos de la Francia.* ¡Magníficas pruebas de celo por cierto! Cuando Mr. de Thou las recogia con tanto cuidado y las referia con tanta complacencia, se imaginaba sin duda que la posteridad, solo porque él lo decia, no veria en ellas mas que pruebas

(1) Por decreto de 28 del mismo mes.

(2) Comment. I, 7.

de adhesion y fidelidad, y que se olvidaria de cuánto le interesaba al almirante que el rey se indispusiera con sus hermanos y con la España. Si Carlos IX hubiese pedido á Coligny su parecer sobre el modo de arreglar la dotacion de los príncipes, podria creerse que su sinceridad era efecto de celo, y hubiera habido que agradecerse; pero no era mas que un consejo dado á quien no lo pedia, consejo que debia de introducir en la familia Real una division de la que el partido del almirante se hubiera aprovechado. Ya se sabe cuánto detestaba al duque de Anjou; luego era para vengarse de él y para ponerse mas á cubierto de sus tiros por lo que deseaba que fuese cercenada su autoridad. Sabido es tambien que el duque de Alen-zon propendia á favor del gefe de los hugonotes: luego el consejo no se dirigia mas que á captarse su afecto, suministrándole nuevos motivos de disgusto para acabarlo de separar de los intereses del rey; no se dirigia mas que á hacer que el mismo Carlos IX le pusiese con sus propias manos en brazos de los rebeldes: luego en este primer consejo nada hay que merezca elogios. El otro está aun mas marcado con el sello del interés. La rebelion de los Países-Bajos era obra de la Reforma, y de esa rebelion dependia la propagacion y consolidamiento de la secta. Ayudar á los calvinistas de Flandes á sacudir el yugo, era lo mismo que imponérselo á los católicos de Francia, porque de aquel modo se aumentaban las fuerzas de la secta. Los sublevados podian fracasar en su empresa, porque Isabel no queria proteger su rebelion. El almirante debia representar un papel en aquella guerra: tenia que habérselas con un príncipe cuyo ardor era preciso despertar por medio de la envidia, y estimularle y determinarle ofendiéndole y haciéndole que se picase; por esto le hizo temer que los ingleses se apoderasen de aquel pais, siendo así que antes bien sabia que la reina Isabel no lo queria. Luego habia un interés particular, una injusticia general y una mala fé en aquella hermosa Memoria, que en el fondo no era mas que el compendio de lo que el almirante habia dicho á Carlos IX para comprometerle á hacer la guerra en los Países-Bajos. Considérense bajo este punto de vista los dos artículos recogidos y consignados por el historiador Thou, y lejos de ver en ellos nada que merezca el me-

nor elogio, se aprenderá á leer su historia como una prudente desconfianza, sin la cual su lectura seria muy peligrosa. De esta sospechosa fuente es de donde el autor de las Vidas de los hombres ilustres ha sacado todo lo que nos cuenta de bueno con relacion al almirante Coligny: de ahí es de donde parte para decir que en la pesquisa hecha en los papeles de aquel rebelde (1) *nada pudo encontrarse que suministrase la mas leve sospecha contra él.* Sin duda que á su modo de ver, no era nada el tener en las provincias gobernadores y gefes militares con cierto número de consejeros encargados de hacer estar al pueblo sobre las armas; tampoco era nada el imponer sumas de dinero y apropiarse parte de ellas, ni el haber dado orden á los religionarios para que el 3 de setiembre se hallasen armados en Melun, cerca de Fontainebleau, á donde el rey debia encontrarse. Si todas esas cosas no caracterizan al súbdito rebelde, ¿en qué señales podrá en lo sucesivo reconocerse la rebelion? Pues hé ahí sin embargo esa probidad tan encomiada por los historiadores franceses antiguos y modernos, tan celebrada por uno de los mas famosos poetas de la misma nacion, y tan acreditada entre todos los que en ella se complacen en poner muy de bulto las faltas de los gobiernos. Pero el exceso es tan vituperable en los elogios como en las censuras. Coligny tenia ciertamente virtudes guerreras, pero carecia de las que constituyen al verdadero servidor del rey: su probidad no era tan pura que no se encuentre en sus acciones una mezcla de envidia hacia los Guisas, y un grado de ambicion desordenada, que le harán aparecer siempre como un criminal á los ojos de jueces desinteresados. Los que han intentado hacer la apologia de Coligny hubieran, ante todo, debido justificarle de la demasiado bien fundada sospecha de haber dirigido la mano de Poltrot. Y no es por cierto la declaracion de este malvado la que nos mueve á considerar al almirante como cómplice suyo, ó mas bien como instigador, sino las defensas y las propias confesiones de Coligny. Convenir en una carta á la reina, que *hacia cinco ó seis meses no se habia opuesto con firmeza contra los que mani-*

*festaban tener semejante voluntad* (1); dar por motivo de su no oposicion á un acto tan abominable el haber tenido noticia *de que habia habido personas seducidas para ir á matarle* (2); no nombrar á estas personas en todo el curso de su justificacion, aunque dijo *que las nombraria cuando fuese tiempo* (3); confesar en sus respuestas, que *cuando Poltrot llegó hasta el punto de decirle que no seria difícil matar al duque de Guisa, el almirante no insistió en semejante proyecto porque lo reputaba como una frivolidad*; haber dado á Poltrot cien escudos para comprar un caballo que fuese muy veloz en la carrera; convenir en su segunda memoria en que *cuando Poltrot le habló de lo fácil que seria asesinar al duque de Guisa, él por su parte nada le habia contestado sobre si eso seria bien ó mal hecho*; declarar, en una carta á la reina, que él creia que la muerte del duque de Guisa *era el mayor bien que podia suceder al reino y á la Iglesia de Dios, y personalmente al rey y á toda la casa de los Coligny*; recusar todos los parlamentos que habia entonces en Francia (4), y hasta el gran Consejo, diciendo que *su hecho debia ser examinado por militares, y no por personas entregadas á las fórmulas de litigios, cosa que tan mal sentaba á personas de su condicion*; reclamar, en fin, por último recurso el privilegio de abolicion concedido por los decretos de pacificacion, lo cual no es un descargo mas honroso para un reo que el derecho de prescripcion para un deudor; todas esas cosas imprimen en la vida del almirante una mancha que ni el colorido de los poetas ni el harniz de los historiadores podrian borrar, así como tampoco la narracion de la constancia y resignacion que manifestó despues de su herida. Cuando el autor de los *Hombres ilustres* (5) copiaba, acaso un poco servilmente, lo que los protestantes han escrito sobre el particular á favor de aquel gefe de partido, sin duda no reparaba en que la sola naturaleza de la herida y el valor del paciente

(1) Mem. de Condé, t. 4, p. 303 y 304.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

(4) El de París, el de Tolosa, el de Burdeos, el de Dijon y el de Ruan.

(5) En las Memorias del estado de la Francia en tiempo de Carlos IX.

(1) T. XV, p. 649.



desmentían todas esas narraciones. Efectivamente, por la pérdida de un dedo y una bala estraida de un brazo, no había necesidad de manifestar tanto heroísmo, ni de elevar á Dios súplicas tan ardientes, ni de pedir las de los ministros: así es como acontece que, por probar mucho se prueba menos. Fijese la atención en la vida del almirante, en las turbulencias que provocó, en los proyectos que fermentaban aún en su cabeza, y se verá que aquel jefe de partido y los principales que mandaban bajo sus órdenes, eran, á los ojos de Carlos IX y de su madre, hombres tan dignos de proscripción como lo fueron los seis mil romanos que Sila mandó degollar en un solo día, y que no hubo ni mas preparacion ni menos violencia en la una que en la otra de estas dos jornadas.

§. III.—*La proscripción solo tuvo que ver con Paris.*

Ninguna autoridad digna de crédito asegura que la resolución de hacer perecer al almirante y á sus cómplices fuese premeditada, y antes por el contrario, algunos escritos y varias conjeturas nos inducen á creer que aquella estremada determinacion fué adoptada pocas horas antes de la ejecución. Los protestantes son los únicos que han escrito que aquella horrible tragedia fué combinada en el viage á Bayona. El mismo Mr. de Thou no se ha atrevido á adoptar esa fábula, pero tampoco se propuso refutarla; y á fin de guardar en esta ocasion un término medio entre su inclinacion hácia los calvinistas y la fuerza de la verdad que le contenía, se limitó á decir que, según unos, la resolución de la matanza tenía una fecha muy anterior á su ejecución, y según otros, que no medió mas que un breve intervalo entre el proyecto y la empresa: este autor tiene, al tratar de este particular, la buena fé suficiente para decir (1), hablando de la muerte de Lignerolles, que varios protestantes le habían parecido persuadidos de que cuando ocurrió aquella aún no se trataba de la matanza de San Bartolomé. Esta confesion por parte de los protestantes es muy digna de notarse, pues desvanece la opinion de algunos de sus escritores que afectaron hacer remontar hasta la época del viage á Bayona la

(1) Lib. 50.

resolución de anonadar su partido, haciendo perecer á mano armada á sus gefes y á la nobleza que los seguía, y á la sombra de esta suposición es como tratan de justificar bien ó mal el proyecto de apoderarse de Carlos IX en Meaux y todas las consecuencias criminales de aquella empresa. Por otra parte, por odiosa que sea una accion tal como la de una matanza, la idea de un proyecto meditado durante seis años la hace aún mucho mas horrible. Puede hallarse alguna excusa en un arrebato del momento, pero no puede haberla en la reflexion, particularmente siendo tan larga. Los calvinistas tenían, pues, interés en publicar que la jornada de San Bartolomé era el resultado y proyecto de muchos años; por lo tanto, nosotros debemos desconfiar de todo lo que ellos nos cuentan sobre el asunto.

Ya hemos dicho que otros autores dicen todo lo contrario. Según estos, la resolución fué súbita, nació de las circunstancias y solo precedió una tarde á la ejecución; pero antes de creer tampoco á estos autores, examinemos si pueden tener interés en engañarnos.

Uno de ellos es la reina Margarita, la cual asegura que la resolución fué un efecto producido por las amenazas de algunos señores calvinistas resueltos á vengarse de la herida hecha al almirante; esta princesa añade que su hermano el rey Carlos IX le dijo que le costaba mucho trabajo dar su consentimiento, y que *si no le hubieran hecho entender que de no tomar aquella medida peligraban su propia existencia y el Estado, jamás lo habria hecho.* Semejante relato desvanece toda idea de premeditacion, y ciertamente que de la sinceridad de él no puede dudarse. Añadiendo la princesa que la reina madre tuvo que hacer los mayores esfuerzos para conseguir que su hijo adoptase esta determinacion, que fué necesario el apoyo del mariscal de Retz, y que hasta las diez de la noche no pudieron vencer la resistencia que el monarca oponía, claro está que no trataba de justificar á su hermano, pues de lo contrario lo haría á espensas de su madre; y esta es una razon para que nos inspire confianza lo que la princesa nos refiere.

El otro es el mariscal de Tavannes; su hijo, que sin duda no escribió sus Memorias sino por lo que le había oído decir, no quiere permitir se dude que la jornada de San Barto-

lóme haya podido ser concertada con larga anticipacion. Este autor trata de ignorantes á los que creen que la matanza había quedado resuelta antes de las bodas del rey de Navarra, y asegura que se trataba seriamente de la guerra de Flandes propuesta por el almirante. Según su opinion, la reina temía que su hijo, entregándose á los consejos de Coligny, retirase de ella su confianza para dársela á aquel jefe de partido; temor tanto mas fundado, cuanto que Catalina observaba ya algun cambio en la conducta de su hijo para con ella. Según esas Memorias, el asesinato del almirante fué propuesto por la reina, decretado por su Consejo, aprobado por Tavannes y ejecutado por Mauververt. Por último, las amenazas de los señores protestantes despues de la herida del almirante, decidieron á la corte á tomar las mas violentas medidas contra ellos, y el faror del pueblo se encargó de lo demas, *con har-to pesar de los consejeros que no habian decretado mas que la muerte de los caudillos y facciosos* (1). Estas Memorias, ó mejor dicho confesiones, presentan, al parecer, un carácter de franqueza en la que no puede desconocerse el sello de la verdad. La máxima de Cassius, *cui bono*, es un gran motivo de crédito. ¿Qué interés podía tener el hijo del mariscal de Tavannes en dar este giro al proyecto de matanza? ¿Descargaba acaso algo á su padre de la parte odiosa que recayó sobre todos los que intervinieron en su ejecución? Antes al contrario, hubiera podido librarle de ella suponiendo concebido el proyecto en la entrevista de Bayona. ¿Y qué cosa podía ser mas funesta á la memoria de su padre que el hacerle pasar por hombre que dió su aprobacion al asesinato del almirante, despues de haber reprobado tan altamente el de Moui, como su mismo hijo lo hace notar? Si se considera, pues, que este autor nada ganaba en hablar como habla, y que por el contrario, dejando aquellos hechos envueltos en cierta oscuridad hubiera podido ocultarse entre las sombras, será fácil persuadirse de que escribió con arreglo á la verdad, y su testimonio será de tanto mas peso cuanto que le da contra sí mismo.

El tercero es el del duque de Anjou; basta leerle para convencerse de la sinceridad de

(1) Mem. de Tavannes.

su narracion. Este príncipe, elegido rey de Polonia, atravesó la Alemania para ir á Cracovia, y recibió singulares distinciones por parte de todos los soberanos por cuyos dominios pasó: en todas partes se apresuraban á salirle al encuentro, y le hacían magníficos recibimientos y festejos públicos; mas estos placeres no carecían enteramente de amarguras. Muchos calvinistas franceses que habían emigrado en tiempo de la matanza, estaban diseminados en varios puntos por donde el duque pasó, y estos hombres, indignados con tan justo título, mezclaban sus imprecaciones con los aplausos de los alemanes. Estas injurias bien merecidas produjeron una cruel impresion en el ánimo del duque de Anjou, y le turbaban á veces la serenidad durante el día y su reposo durante la noche. El príncipe llevaba en su servidumbre á un médico llamado Miron, sugeto de mérito y confianza que Catalina de Médicis le había dado, y era por consiguiente uno de los franceses de su comitiva con quien el duque podía hablar con mas libertad. Una de aquellas noches terribles en que la imagen de los horrores de San Bartolomé le robaba el sueño, mandó llamar á este médico y le dijo: «Os he hecho venir para daros parte de la inquietud y agitaciones que han turbado esta noche mi reposo, fijando mi pensamiento en la ejecución de la jornada de San Bartolomé, de la que es posible que nunca hayais sabido la verdad cual ahora os la voy á referir.» Despues de este exordio le refirió que tanto la reina como él se habían apercebido de una gran mudanza por parte de Carlos IX para con ellos; que esto era efecto de las poco favorables impresiones que el almirante tenía buca cuidado de sujerir al rey contra ellos; que cuando despues de una de aquellas conferencias frecuentes y secretas se avistaban con él *para hablarle de asuntos, aun de los que solamente eran relativos á sus placeres, le encontraban siempre extraordinariamente fogoso é impaciente, con un gesto y unos ademanes ásperos; que sus respuestas no iban, como en otro tiempo, acompañadas de manifestaciones de honor y respeto hácia la reina, y de favor y benevolencia hácia él; que poco tiempo antes de la matanza de San Bartolomé, habiendo entrado en la régia cámara á punto que el almirante salía de ella, Carlos IX, en lugar de hablarle, se pa-*



seaba furiosa y agitadamente, lanzándole frecuentes y torbas miradas, y poniendo de cuando en cuando la mano en el puño de la daga con tanta emoción, que alguna vez temió que la iba á desenrinar para asesinarle, por lo cual se asustó tanto que tomó el partido de retirarse con destreza, y haciéndole una reverencia mucho mas breve que cuando entró en la estancia; y que al salir le lanzó el rey una maligna mirada, como diciéndole que hacia bien y que no se habia escapado de mala. Añadió que al salir de esta entrevista fué á hablar con su madre, la reina, y que juntado y comparando antecedentes, avisos y sospechas, infirieron que todo era obra del almirante, por lo cual resolvieron deshacerse de él; que dieron cuenta de esta resolución á Mad. Nemours, sabiendo el odio mortal que esta señora profesaba al almirante; que en el acto enviaron á llamar á cierto capitán gascon, de quien sin embargo no quisieron servirse, porque les habia asegurado muy bruscamente de su buena voluntad, sin exceptuar á ninguna persona; que en vista de esto pensaron en Maurevert, como hombre que ya tenia experiencia en el asesinato, por hacer aun poco tiempo que habia cometido el de Moui; que fué preciso discutirlo algun tiempo, y que por último le atrajeron á su partido, manifestándole que el almirante le haria pagar tarde ó temprano el homicidio de su amigo favorito Moui; que Mad. de Nemours preparó al efecto la casa de Vilaine, que era uno de los suyos; que el haber errado el golpe les dió mucho que meditar y pensar en sus asuntos hasta la tarde; que habiendo querido el rey ir á ver al almirante, la reina madre y el duque propusieron acompañarle; que el herido pidió hablar con el rey en secreto, y este se lo concedió, haciéndoles seña de que se retiraran, pero que ellos permanecieron de pie en medio de la estancia durante aquel coloquio secreto que les daba mucho que temer, particularmente cuando se vieron rodeados de mas de doscientos nobles y capitanes del partido del almirante, que estaban en el aposento, en otra sala de al lado, y en un salon del piso bajo. «Los cuales, dice el duque de Anjou, con rostros macilentos, gestos y ademanes de hombres apesarados, se hablaban al oido, pasando y repasando por delante y detrás de

nosotros, no con todo el honor y decoro que debian... Nosotros, pues, temimos, al vernos encerrados allí, como despues me lo ha asegurado mi madre la reina, diciendo que jamás habia entrado en parte alguna que le hubiera inspirado mas temor ni salido de ella con mas placer.» El príncipe, prosiguiendo su relacion, dijo á Miron que asustada la reina puso fin á la conversacion secreta á pretesto de la salud del herido, y no sin causar disgusto al rey, que estaba empeñado en oír todo lo demas que el almirante queria decirle; que cuando salieron de allí la reina le instó para que les refiriese lo que le habia dicho, y el rey lo rehusó varias veces: pero que al fin, viéndose importunado en demasia, les contestó brusca y desatentadamente, jurando... que lo que el almirante le acababa de decir era cierto; que los reyes no eran acatados en Francia sino en tanto que tenian poder de hacer bien ó mal á sus vasallos y servidores; que este poder, y la direccion de los asuntos de todo su Estado, se le habian sutilmente sacado de sus manos y pasado á las nuestras; pero que esta superintendencia y esta autoridad podian algun dia llegar á serle muy funestas, tanto á él como á su reino, y que por consiguiente no podia menos de considerarla como sospechosa y de ponerse en guardia contra ella. Que esto era lo que el herido, como uno de sus mejores y mas leales vasallos y servidores, le habia querido decir antes de espirar. «Y bien! muertel... prosiguió el rey, puesto que lo habeis querido saber, esto era lo que me decia el almirante.» El duque de Anjou, prosiguiendo, dijo á Miron que aquellas palabras les habian llegado muy al alma; pero que sin embargo, disimularon é hicieron grandes esfuerzos para disuadir al rey; que la reina se dió, en lo posible, por resentida de aquel modo de hablar del almirante, temiéndose produjese algun cambio ó alteracion en sus asuntos y en la direccion del Estado; que les causó tanta sorpresa, que por de pronto no tuvieron ánimo para tomar ninguna providencia; que al dia siguiente el duque pasó á ver á la reina con la cual se puso de acuerdo en que lo que convenia era despachar al almirante, de cualquier modo que fuese; que despues de la comida se avistaron su madre y él con el rey, y que aquella le dió á entender que el partido hugonote se estaba armando;

que los capitanes del partido habian ido ya á las provincias á levantar gente; que el almirante habia dispuesto la recluta de diez mil reitres (soldados de á caballo) en Alemania, y de otros tantos suizos en los Cantones; que no seria posible resistir á tantas fuerzas; que para colmo de males; los católicos, cansados de una guerra en que el rey no les servia de nada, iban á armarse contra los hugonotes sin contar con él: de manera, que se iba á ver aislado y envuelto en peligros, sin poder y sin autoridad: que toda aquella calamidad podia sin embargo remediarse con una estocada, que bastaba matar al almirante y á algunos gefes del partido. Este parecer fué apoyado (prosigue hablando el duque de Anjou) tanto por mi como por los demas (el mariscal de Tavannes, el duque de Nevers y el canciller de Birague), no omitiendo nada de lo que á ello pudiera contribuir; de manera que el rey montó en estremada cólera y furor contra los rebeldes. Mas no queriendo al principio dar su consentimiento para nada en lo relativo al almirante, sin embargo de haberle indignado y afectado terriblemente el temor del peligro... y queriendo saber si habria algun otro medio de evitar aquellos males, deseó que cada cual dijese su opinion. Todos fueron del parecer de la reina, menos el mariscal de Retz, que burló grandemente nuestras esperanzas (dice el príncipe), manifestando que «si habia algun hombre que debiese aborrecer al almirante y á su partido, era él, pues habia denigrado á su familia con indecentes impresos que habian circulado por toda la Francia y paises inmediatos; pero que no queria, á espensas de su rey y señor, vengarse de sus enemigos dando un consejo tan dañoso á él y á todo el reino, haciendo que justamente se les tachara de perfidia y deslealtad.» Semejantes razones (dice el príncipe), nos helaron las palabras en la boca, y hasta nos quitaron la voluntad de la ejecucion. Mas viendo que ningun otro de los concurrentes las apoyaba, volvimos á cobrar alientos, y tomando de nuevo la palabra, triunfamos y reconocimos que en el rey acababa de verificarse una súbita mudanza; pues imponiéndonos silencio, exclamó con furor, jurando por la muerte... «Que pues á todos nos parecia bien que se quitase la vida al almirante, él daba su régia aprobacion; pe-

ro que queria que cupiese igual suerte á todos los hugonotes de Francia, á fin de que no quedase ni uno solo que pudiera echárselo en cara, y que por lo tanto tratásemos de dar prontas órdenes para la ejecucion; y dicho esto salióse furioso y nos dejó en su gabinete.» Las mencionadas personas emplearon el resto del dia y parte de la noche en preparar los medios de ejecutar aquella determinacion. Se tomaron providencias para asegurarse del preboste de los mercaderes, de los capitanes de los cuarteles, y de otros individuos que eran los mas conocidos como facciosos. El duque Guisa se encargó de la ejecucion del almirante. Se diéron dos horas de reposo, y al amanecer, el rey, su madre y el duque de Anjou se asomaron á una ventana, desde la cual oyeron un pistoletazo y se estremecieron de horror y espanto. Inmediatamente enviaron una contraórden al duque de Guisa; pero ya era tarde. Muerto el almirante, cundió lo matanza por toda la ciudad. Nosotros (vuelve á hablar el príncipe) volvimos á nuestra primera determinacion, y poco á poco dejamos á la empresa seguir su curso y su ejecucion.

Hemos referido algo estensamente esta conversacion del duque de Anjou, porque no podrá menos de suministrar datos á las personas sensatas, y nos ahorrará largos razonamientos. No puede menos de reconocerse en ella la verdad, ya sea cotejando su narracion con las de otros contemporáneos, ya no fijando la atencion mas que en el tono de franqueza que toda ella respira.

Para asegurarse de la verdad de un hecho histórico, y saber si se le debe dar crédito, es preciso examinar si la persona que lo refiere pudo ser engañada, si tiene algun interés en engañarnos, y si cuenta las cosas de modo que redunden en su provecho. Ninguna de estas tres cosas se halla en la relacion del duque de Anjou. 1.º El poseia la confianza y hasta la ternura de su madre, Catalina de Médicis: ella le habia puesto al frente del partido católico: mandaba los ejércitos contra los hugonotes, y era del Consejo del rey: luego pudo saber toda la trama de la matanza. 2.º Ningun interés tenia en engañar á Miron, porque ningun provecho podia prometerse de hacer una falsa relacion del suceso. ¿Lo haria acaso para asegurarse mas del afecto de aquel hombre?